

FAMILIAS MILPERAS



de la Península de YUCATÁN



“Aquí la milpa es algo primordial para nuestro sustento, pero muy pocas veces comercializamos, más bien lo hacemos para comer.”

INCLUSIÓN SOCIAL DE

FAMILIAS MILPERAS de la Península de YUCATÁN

“La milpa es como una casa,
tienes que pedir permiso al dueño
antes de entrar.”



“Cuando yo era niño le pregunté a mi papá:
¿para qué hacemos la milpa, para qué va servir?
Él contestó: es porque hijo, aquí vamos a vivir.”

FRANCISCO CANUL POOT
haciendo la ofrenda Zàcab
YAXUNAH, YUCATÁN

Se dice que la creación de la milpa transcurrió entre los años 7,000 y 5,000 A. C., cuando el maíz fue domesticado junto al frijol y la calabaza en la zona centro de México¹. Tiempo después, cuando este sistema agrícola arribó a las tierras bajas de la Península de Yucatán, formó parte del manejo holístico de recursos que permitió la co-creación de las selvas mayas actuales.²

La milpa fue piedra angular para el desarrollo de la gran cultura maya y, a partir de la Conquista española, se convirtió en su refugio; persistiendo por encima de las diversas transformaciones económicas regionales y de la modernización de la agricultura, que implicó el uso de insumos externos.³ Esta flexibilidad de la milpa hace que actualmente sea, no sólo un componente distintivo del paisaje agrícola en Campeche, Quintana Roo y Yucatán, sino también un elemento propio de la identidad de los actuales pueblos mayas y ch'oles.

Artífices de esta flexibilidad y persistencia, han sido las *Familias Milperas de la Península de Yucatán*, las cuales han desarrollado, entorno a la milpa, actividades productivas para proveerse de alimentos, y reproductivas para mantener sus prácticas culturales: idioma, rituales y vida familiar⁴. Como leeremos en esta publicación, las historias que nos cuentan los miembros de estas familias son agridulces, ya que las penas se mezclan con las alegrías en un complejo balance entre bienestar colectivo a costa de sacrificios individuales.

Regidas por los ciclos de la milpa, las familias entretejen las actividades agrícolas y las que realizan en los solares y en el monte con las que les generan ingresos, como la venta de su mano de obra como albañiles y el comercio de artesanías o miel. Así, la milpa se convierte en el espacio en el cual, de manera directa o indirecta, interactúan todos los miembros de la familia.

En su propia oralidad, construida con expresiones que surgen de la influencia de las lenguas mayenses, sobre todo del idioma maya yucateco, las familias milperas integradas por mujeres y hombres que se encuentran en diferentes etapas de vida y que representan distintos roles dentro de sus familias, nos invitan a conocer su vida, dejando demostrado



“La parte más dura es la primera tumba que le das a los árboles grandes y gordos, ahí iba fuerza.”

RUTILDE XIU EK *con su hacha*
LA ESPERANZA, QUINTANA ROO

que la milpa es una actividad familiar y un espacio de encuentro intergeneracional. La milpa define a estas personas como sujetos miembros de su comunidad; determina sus principios y su actuar; su presente y futuro, independientemente de los cambios sociales que han acontecido en el territorio donde éstas se cultivan. Los testimonios, ilustrados con bellos retratos familiares, darán al lector acceso a un mundo integrado por familias, que con orgullo viven y mantienen viva a la milpa.

Al ir escuchando lo que dicen las madres, los padres, hijos y abuelos, nos daremos cuenta de la importancia de incluir a todos ellos en proyectos que promuevan procesos de innovación en los sistemas milpa; ya que los cambios en estos sistemas, implican transformaciones en sus vidas. Es decir, estos proyectos deberán integrar de manera activa a las mujeres, ya que muchas de ellas han participado en la milpa desde niñas y otras tantas son responsables de esta actividad en la actualidad.

Por otra parte, encontraremos como desafío la integración de jóvenes. Por un lado, ellas y ellos nos hablan del lazo que los une a la milpa, pero al

mismo tiempo sobre su deseo por salir y conocer otros mundos. Un aspecto a resaltar es el cambio de roles de hombres realizando actividades del hogar, como lavar y preparar comida, y de las mujeres involucradas en actividades productivas como la milpa o la producción de miel, ya que esto permitirá romper estereotipos y abrir las puertas a sociedades más equitativas.

Para finalizar, no olvidemos las múltiples voces, sin importar la edad ni el género, que nos hablan de la importancia cultural de la milpa, de sus creencias y de sus rituales. La milpa está presente en sus historias, no sólo como algo primordial para comer, sino también como la actividad que les gusta desarrollar y es sustento de sus hogares; es el espacio donde se construyen los recuerdos y se fortalecen los vínculos con sus padres y abuelos, los sueños para sus hijos y las costumbres que construyen sus identidades como campesinos y como mayeros. Más aún, es la actividad que les da libertad e independencia, así como la posibilidad, como comenta Francisco Canul Poot, de “**pasar una buena vida**”.

TANIA CAROLINA CAMACHO-VILLA

1. Zizumbo-Villarreal, D. & Colunga-GarcíaMarín, P., “Origin of agriculture and plant domestication in West Mesoamerica”, *Genetic Resources and Crop Evolution* 57, 2010, pp. 813–825.
2. Fedick, S., Allen, M. & Gómez-Pompa, A., “The lowland Maya area: three millennia at the human-wildland interface”, *CRC Press*, 2003.
3. Mariaca-Méndez, R., “La milpa maya yucateca en el siglo XVI: evidencias etnohistóricas y conjeturas”, *Etnobiología* 13, 2015, pp. 1–25.
4. Martín-Castillo, M., “Milpa y capitalismo: Opciones para los campesinos Mayas Yucatecos contemporáneos”, *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos* 14, 2016, pp. 101–114.

“Aquí tú eres el patrón. Tú mismo te mandas. Trabajas, pero tienes libertad. Haces tu milpa, siembras tu maíz, tu picante, cosechas cosas que sirven para el hogar y vives en el campo... eres libre.”



URIEL VERA RODRÍGUEZ
CRISTÓBAL COLÓN, CAMPECHE

Mi papá es milpero, se dedica a la siembra de maíz y de allí aprendimos nosotros. Pero a la edad de 16 años hice un rondo, fui a trabajar a otro lado. Y a la edad de 19 años entré a militar, allí estuve trabajando cinco años. Después tomé la decisión de salir y meterme en el campo otra vez.

La vida militar es muy estricta con mucha disciplina. Vive uno lejos de la familia, tus hijos están creciendo, pero estás separado y no les das el amor como padre, no les enseñas como uno debe enseñarlos aquí en el campo, como nuestro padre nos enseñó; así también nosotros tenemos que enseñar a nuestros hijos.

La mayoría de jóvenes no le pone interés al campo. Pues los jóvenes mayormente ponen interés en la diversión, el deporte, pero en mi caso estuve trabajando en el militar con todo el riesgo y aprendí mucho de la experiencia. Uno empieza a analizar las cosas: ¿cómo quiere vivir?

A mí siempre me gustó el campo, pero otros no quieren la milpa. Pues prefieren irse a la ciudad para buscar un trabajo que no les cueste mucho. Yo también lo tuve pensado, pero no me animé a migrar a la ciudad, pues hay mucha inseguridad. Aquí yo tengo mi familia y vivimos más felices en el campo.



“Aunque soy pobre, gracias a Dios, sé un poco a trabajar. Nunca pasa un día que no vaya a barrer en mi terreno.”



AURORA ACEVEDO KAUIL
XOY, YUCATÁN

Desde que tenía 12 años empecé a ir a cosechar elotes con mis papás. Los cargábamos en una bolsa grande y venimos caminando como cinco kilómetros a la casa.

Como éramos niños, no sentíamos el cansancio. Ahorita, como 59 años, cansa mucho, pero siempre sigo trabajando en mi milpa. Dice mi esposo: “¡No sigas trabajando porque ya quedaste muy viejita!”, pero yo tengo que hacer mi milpa. ¿Dónde voy a sacar dinero para que yo compro maíz?

Mi esposo es albañil en Mérida. El sábado viene, el domingo está acá y cuando amanece el lunes está yendo otra vez. Él me da dinero, pero no trabaja mucho en la milpa, porque cuando viene está cansado y no tiene ganas de ir a trabajar.

Mi nuera me regaló una lavadora porque a mi esposo no le gusta. Cuando le pedí mi lavadora, él me dijo: “Si tengo esposa, ¿para qué voy a comprar lavadora? Mi lavadora es mi esposa!”

Ahorita estoy viendo los muchachos cuando casan, lavan la ropa para sus esposas. Ellos están yendo a moler... ¡Ja! ¡Nunca hace mi esposo así! Le digo a ellos: “Si mi esposo está haciendo cosas así, creo que a cada rato voy a besarlo!”. Así le digo a las señoras cuando veo que están yendo sus esposos a moler y que están lavando para ellas.

Me molesta cuando veo a los señores haciendo así, porque mi esposo nunca hace estas cosas. Antes nunca fue tu esposo a lavar, nunca fue a moler, así levanté mis hijos.

Tengo 15 hijos, pero siete se murieron. Ocho están vivos. Pero ahorita yo solita estoy trabajando en mi milpa, porque no tengo hijos aquí. Pues lo que puedo hacer estoy haciendo. Pero el día que no pueda hacer mi milpa porque esté enferma, ¿qué más voy hacer?

Aunque esté llorando en mi hamaca, porque quiera hacer mi milpa pero no puedo por estar enferma, pues no puedo hacerlo, así sí termino. Voy a estar triste si no voy a hacer mi milpa.



“Mis hijas no tienen miedo, pues tranquilas entran con las abejas, bonito va una, bonito sale, sacando miel.”



MANUELA CAAMAL POOT
TIXMÉHUAC, YUCATÁN

Las dos están sacando miel con mi esposo. No hay regaños ni disgustos ni quién les digan que vamos, pues ellas de por sí están viniendo a trabajar.

La más grandecita, Amalia, tiene 15 años y mi otra hija, Sua, tiene 13 años. Se ponen su ropa, sus guantes, su pantalón, su camisa, se arman y empiezan a sacar los cuadros. Les gusta trabajar así, para no buscar otras personas que vengan a ayudar a su papá.

Aquí en este pueblo, casi no hay mujeres que se dedican a la miel. Algunos, pero mayormente son los hombres. A las mujeres no les gusta trabajar así porque tienen miedo. Pero mis hijas no tienen miedo. Les gusta trabajar con las abejas.

La verdad cuando veo a mis hijas trabajando así, me siento orgullosa, porque veo que ellas saben trabajar. Si algún día se casan y van atrás de un hombre en la milpa, ellas no tendrán miedo de trabajar en la milpa. Ellas no tienen miedo de nada.

Tal vez cuando terminen sus estudios, pues ellas decidirán a seguir trabajando en la milpa. Pero si a ellas les gusta otra carrera, pues seguirán estudiando.

Es la decisión de ellas mismas. No es la decisión de nosotros. Ellas mismas salen adelante.



“La tierra me gusta,
acá empecé, acá termino.”



NICOLÁS HUCHÍN UH
TANKUCHÉ, CAMPECHE

Aquí yo sigo el trabajo que hicieron mi abuelo y mi papá. Cuando chico iba a la milpa a tumbar, sembrar, cosechar y estábamos acostumbrados a comer iguana en la tarde.

En aquel tiempo era hacienda aquí con su raspadora, donde trabajaban más de cien trabajadores y todo alrededor de la hacienda era puro plantel de henequén. Allá mi papá ganaba un sueldo de unos centavos.

Como chamaco de siete años, me llevaba a quitar espinas de las hojas de henequén con un machete y me regalaban unos seis pesos por semana. Fui a la escuela, pero no seguí estudiando, porque cuando llegó fui sucio mi ropa de mi trabajo y todos mis amigos iban bien vestidos.

Hablo maya, pero en la escuela el maestro nos hablaba en español y casi no nos entendíamos. Como a los 16 años fui a trabajar a Chetumal. Luego trabajé junto con mi papá en la milpa y después que murió él, me quedé sólo trabajando acá.



GUTBERTO HUCHÍN CASANOVA
TANKUCHÉ, CAMPECHE

Mi papá hace milpa, de vez en cuando llego con él, pero como pescador, salgo de la tierra al mar y allá me quedo ocho días, durmiendo en una tablita en el botecito hasta que nos gasta el hielo, entrego y vuelvo a mi casa.

En el mar llevamos tortillas de maíz. Entonces, es una cadena porque necesitamos de lo que está haciendo él en la milpa igual, porque a fuerza tenemos que llevar tortilla, en cualquier embarcación tienes que llevarlas.

Ahorita no estoy saliendo porque por este tiempo pega una turbonada, donde caen destruidas embarcaciones, entonces tengo que respetarlo obligadamente. Pero si no respeto y salgo, no regreso a contarlo.

“Aunque tengamos pescado allá en el mar,
necesitamos de la tortilla de maíz. Sin
tortilla, la comida para mí no es comida
y si no tengo comida no puedo trabajar.”



“Unos cinco días estoy en el hospital con mi niño, cuando regreso otra vez estamos yendo a la milpa, a deshierbar, a cosechar elote.”



SOCORRO BORGES COHUO
con su hijo Adam
KANCABDZONOT, YUCATÁN

El niño se enfermó de cáncer desde los seis años. Estuvo en tratamiento tres años y medio, pura quimioterapia y todavía acabó de recuperarse. Ahorita está mejor.

Lo llevo al hospital de oncología en Mérida, sólo con éste y su papá se queda acá, porque tiene que ver a la niña y que van los otros niños a la escuela y regresen. Diez días hago acá y cinco días en el hospital.

De los 10 días que estoy acá, tenemos que ir a cosechar elote en la milpa, traer la leña... así que cuando me voy cinco días al hospital, mi esposo tiene maíz, tiene leña, lo que necesita. Luego otra vez me voy al hospital.

Mi hijo, que está trabajando en Mérida, compró el televisor para el niño. A mí casi no me gusta verlo, pues yo más me dedico a mi trabajo.

Yo me voy a lavar, voy a barrer ahí en la puerta, o si no, me voy a la milpa. Pero a los niños le gusta el televisor. A él mayormente, porque no puede salir mucho, entonces le sirve para pasar el día distraído.

Como 12 años yo iba a ayudar a mis papás en la milpa. Igual trabajábamos con mi mamá y mis hermanos, pues me gustaba mucho la milpa.

Del tiempo que estaba con mi mamá, muchas mujeres iban a trabajar en la milpa. Hasta que llegué aquí, después de casarme, había mujeres que iban a leñar y llegaban con sus cargas de leña. Hoy no, casi no se ven mujeres que van a leñar.

Ahora, las muchachas estudian y ni siquiera les dan tiempo para trabajar. Ni en la casa trabajan. No les gusta ir a la milpa. Hasta las señoras de mi edad, nadie va a la milpa. Pero yo sí, siempre voy.

Yo sé tumbar las matas, eso lo hago, pero los maderos gruesos los corta mi esposo con hacha. Luego, viene a la casa, voy a lavar mi nixtamal, me voy a moler, regreso, me siento a tortear, aunque cansa a veces, pues es mi trabajo.

La leña que voy a buscar la vendo, porque a veces pues necesito para que coman y la tengo que comprar. Nos vamos caminando, cortamos la leña, la cargamos y la traemos. El día que veo que puedo voy, a veces dos días de la semana no más me voy.

Ahorita tengo 45 años. Mientras vea que puedo hacer lo que estoy haciendo, pues voy estar yendo a la milpa, aunque hay mucho sol, ahí estoy en la milpa. Porque me gusta ir y la necesito también por el niño, tengo que ir a hacerlo.



“Antes de sembrar, hay que pedir a Dios que da la lluvia para que crezcan las matas de elote.”



RAMON NONATO TEC POOT
sembrando maíz con su hijo
XUXCAB, YUCATÁN

A mis 12 años me enseñó mi papá a sacar el Za'cab, ofrendo jarritos con pozole en la milpa. Si no cae la lluvia, no puede regar la milpa, pues hay que pedir a Dios que da la lluvia para crecer las matas del elote.

Si no hace milpa, no logra nada. Pero si hay maíz, sólo desgrana elote, hace su nixtamal, va por el molino, regresa con su masa a la casa y llegando la hora de almuerzo hace tortillas para comer.

Por eso, en más de cincuenta años yo nunca tuve que salir a chambear a ningún lado. Nomás aquí hago mi milpa y a la hora de la cosecha, pues hay para el consumo para mi casa, con mi esposa y mis hijos.

“Aquí los mayores dejan de trabajar en el campo y sus hijos se van a la ciudad. Nosotros seguimos trabajando, pero sólo algunos se quedan, no somos muchos.”



ALFREDO TEC PUC
XUXCAB, YUCATÁN

Tengo 25 años y ayudo a mi papá en el campo, sembrando maíz, juntos trabajamos.

Terminando la secundaria, tenía ganas de seguir estudiando, pero recursos casi no hay y tuve que dejarlo. Entonces, casi no hablo bien español.

Hablo maya con las personas de aquí. No sólo en la casa, también en el pueblo. Para mí es importante, porque es nuestra cultura. Otros hablan en español o inglés y están olvidando la maya. Pero yo no.

Tomé mi decisión de trabajar en el campo como a los 18 años. Otra opción era ir a trabajar afuera, pero es más gasto, tienes que rentar una casa si no tienes familiares allá. Aquí está mejor. Aquí puedes trabajar el campo y casi no gastas nada para vivir.

Muchos jóvenes están saliendo afuera para buscar un trabajo mejor, porque dicen que aquí en el campo no da para el sustento de la casa, ya se

fueron a trabajar casi todos, como botoneros en hoteles. A veces vienen, a veces están contando de su trabajo, cuánto ganan, todo eso.

El problema cuando sales a la ciudad es que tienes que comprar tu comida, tu renta, tu ropa, todo eso. Aquí sólo tienes que comprar tu ropa nomás. Además, uno se siente mejor en el campo.

Aquí no puede pasar ningún accidente, pero en la ciudad te puedes hacer daño, te metes en la delincuencia, te sales más perjudicado. En el pueblito casi no pasa nada. No hay delincuentes ni nada de eso. Aquí puedes dormir tranquilo. Está mejor aquí.

A veces cuando nos quedamos solos con mis hermanos, yo hago tortillas. Me enseñó mi mamá a los 17 años. Generalmente, las mujeres hacen tortillas. Pero yo aprendí porque a veces nos quedábamos mi hermano y yo en la casa. Si las hago, podemos comer.

Mis compañeros no saben hacer tortillas. A veces se burlan, diciendo que sólo las mujeres hacen eso, pero a mí no me importa qué dicen. Hay que aprender lo que sea para poder vivir.



“Tengo 70 años... Aquí vivimos mientras Dios nos permite.”



MIGUEL EZEQUIEL MAY IC
SAN FELIPE ORIENTE,
QUINTANA ROO

A los 21 años me casé y después de un año vine a vivir aquí con mi esposa, caminando con nomás la hamaca y unas dos ropas, ya que ella tenía ganas de acompañarme en la vida.

El trabajo del campo era duro, tanto por el sol y a la fuerza tumbar monte, era pesado. Entonces ella no vino al campo. El trabajo de ella era lavar la ropa de los niños, criar gallinas y pavos, llevar el nixtamal a moler, tortear y cocinar en el hogar para que cuando regrese del trabajo esté hecha la comida.

También ella sabía costurar a mano las figuras de su vestido y sabía urdir hamacas aquí en la casa, pero al campo no vino. Tuvimos 48 años de casados antes ella murió hace cinco años.

Ahorita tengo 70 años y vivo yo con mis hijos. Todavía tengo mi milpa aquí cerca, pues es mi trabajo. Claro, no tengo igual la fuerza para cortar el árbol con hacha, el trabajo más cansado, pero sigo trabajando.



WILLIAM ABIMAEI BORGES MAY
SAN FELIPE ORIENTE,
QUINTANA ROO

En la mañana me voy a la escuela y en la tarde, cuando enfría el sol, voy en moto a trabajar en la milpa con mis primos: chapeando, sembrando, cosechando y también te diviertes un poco platicando como lo que queremos hacer cuando estemos grandes.

Creo que voy a salir unos años a trabajar a la ciudad, pero no para aprender vicios. Luego volveré acá, porque en la ciudad hay violencia hasta la matanza y no tienes parientes; en cambio aquí no hay nada de eso. Mi pueblo es bonito.

Soy cien por ciento sanfelipeño. Nunca voy a olvidar mi pueblo: acá nací, acá crecí; y si vaya, voy a volver acá para otra vez, para juntarme con mis familiares. Si no, mi pueblo va estar más pequeño y no va a crecer.

“Tengo 15 años... Creo que voy a salir en unos años a trabajar a la ciudad.”



“Tengo que hacer mi trabajo en la milpa, tengo que hacer mi trabajo como artesano y tengo que sacar mis viajes como ambulantero, con el apoyo de toda mi familia.”



PEDRO DAMIANO CANUL CANUL
con su familia y su artesanía
YAXUNAH, YUCATÁN

Tempranito me levanto a las cuatro de la mañana y a las cinco estoy yendo a mi trabajo de la milpa. Esta mañana fuimos entre cuatro compañeros para sembrar mi maíz.

Es bonito trabajar junto a compañeros de confianza porque andando una persona sola a veces se fastidia uno, pero andando entre cuatro compañeros cualquier cosita que le va pasar a uno, hay alguien quien le ayude.

Después de sembrar, me vine descansar un ratito, almorcé en la casa e hice un poco de trabajo de artesanía. Las máscaras son puro maya. Representan el símbolo del Dios del Maíz, de la Medicina, del Chichén Itzá, del Castillo, la Tumba de la Muerte, el Pakal, la Vida/la Muerte y el Amor Eterno.

Mañana voy a viajar a las 12 de la noche con las máscaras para ofrecerlas vender en tiendas de artesanías, voy a estar allá todo el día y a las siete de la mañana del día siguiente estoy aquí en mi casa. Son más de 24 horas de viaje casi sin descanso y eso lo hago cada semana.

Hay momentos que me duermo en el autobús, pero mejor no, porque no es como estar en la casa, de viaje uno tiene que estar pendiente.

Los domingos llego acá a mi casa tempranito, descanso un rato. El lunes trabajo en el campo. No puedo dejar el trabajo de la milpa porque de allá vivimos. La artesanía también es obligatoria porque de allá solventamos los gastos de nuestra familia.

Tengo una buena familia porque ellos me ayudan. Mi esposa, mis hijos, mi nuera, mi nieto, todos compartimos el trabajo de la artesanía, de allá sacamos todos un poquito. Mi papá tiene más de 85 años y sigue trabajando en la milpa. Estamos muy contentos porque estamos toda la familia trabajando junta.



“Tengo 75 años, pero todavía tengo mi pequeña milpa. Sigo trabajando en el monte. ¡Ahorita te enseñaré cómo trabajo aquí con machete!”



PRIMITIVA CAAMAL HOIL
con su familia en su solar
TIXMÉHUAC, YUCATÁN

Yo tenía 19 años y mi esposo 50 cuando nos casamos. Tuve siete hijos y trabajamos juntos en la milpa hasta que él murió hace más de treinta años.

Después iba a leñar, cortaba zacate y mis hijos lo llevaban a vender, agarraba lavado y acarrea agua. Mis manos se agrietaban por acarrear los baldes con sogá, pero cuando me quitaba del trabajo me regalaban una ollita de comida y un tanto de tortillas, así que conseguía algo para comer.

Donde iba a moler, me llevaba dos tantos: uno abrazado y otro cargando. Las personas a las que yo les molía, me regalaban al terminar un kilo de masa. Después compré un molino de mano. Mis compañeras decían: “¿Me das prestado tu molino?” Y cuando terminaban, me regalaban masa.

Ahora tengo 75 años, pero todavía tengo mi pequeña milpa. La verdad no me gusta ver el

televisor, pues tienes que comprarlo y no me da dinero. Me gusta deshierbar y sembrar con mis hijos y nietos, porque cuando crecí bajo la custodia de mi mamá eso fue a lo que nos acostumbraron.

Después de deshierbar voy y me hago mi pozol, enseguida llamo a Dios, para agradecer el pozol que me tomaré y ya venía un ventarrón, así como ¡riiiiiiiiiiiiiin!... Nos pasaba de lado un airecito de mozón. “¡Ave María!”, le decía a mis hijos: “¿Están viendo esto?” Por eso consideramos a Dios cuando tomamos el pozol.

Me gusta hacer milpa, porque si no tuviera milpa tendría que comprar maíz o tendría que ir a tortear, lavar o vender leña. Pues el monte es nuestro espacio de trabajo y debemos hacerlo siempre que uno tiene fuerza.

Yo tengo 16 años. Voy a la escuela en las mañanas y en las tardes voy a la milpa con mi papá a ayudarlo.

Me gusta mucho la matemática, porque tienes muchas fórmulas y pienso que es indispensable para la vida. En el campo tienes que medir, tienes que calcular cuánto vas a sembrar, tienes que pesar, pues todo eso va referente a la matemática.

Antiguamente, creían que sólo los hombres podrían hacer el trabajo del campo y el estudio igual. Pero ahora no, pues las mujeres pensamos diferente y creemos que, tanto como hombre, puede hacerlo también una mujer.

Mi abuela va a diario a la milpa, siembra, ayuda a crecer las plantas, cosecha. A ella le dejaron la tierra porque su esposo falleció. Tuvo que hacerse cargo del sustento de sus hijos.

Ella se esfuerza mucho por tener todo a la mano, porque no le falte nada a su familia. De ella he aprendido que nunca hay que rendirse si quieres algo.

Yo pienso que es mejor quedarse a trabajar en el campo que salir otro lado. Aunque también es bueno salir, porque con ello vas a ayudar tu familia a mejorar, pero tampoco tienes que olvidar el campo, es donde te enseñaron tus papás y tus antecesores.

En el futuro yo quiero continuar los dos, como tanto puedo ir a estudiar a otro lado, así puedo venir aquí de vacaciones, a ayudar en lo que se pueda.



BESTSAIDA SARAÍ MUTUL CANTO
TIXMÉHUAC, YUCATÁN

“No hay que matar esa cultura para ir por un sueño. Hay que seguir con los rasgos que nos han dejado.”



“Había un árbol grande ahí por mi casa que se llama en maya *pich*, ahí se trepaba el gato de monte cuando llega la noche, empezó a sonar fuerte y no nos dejó salir.”



RUTILDE XIU EK
con su madre ciega, nuera y nieta
LA ESPERANZA, QUINTANA ROO

Cuando mi papá vino a hacer milpa acá era todo monte alto. Un año después fue a buscar a mi mamá, la trajo acá y después de un año nació.

Antes que desaparezca el sol nos bañaban y nos metían a la casa, porque nos cuidaban de las culebras y animales. Mi papá cerraba y armaba la puerta y nos decía que no vamos a salir porque nos puede lastimar.

No había luz. Nosotros vivíamos en una casita de paja y cargábamos agua del pozo. Mi mamá apoyaba a mi papá a hacer milpa. Nosotros somos ocho hermanos: tres hermanas, cinco hermanos y todos íbamos junto con mi papá a la milpa.

El primer día de la tumba, da un poco más cansancio, como dolor de hueso o de costilla. Sólo después de tumbar como cinco o diez mecates te vas acostumbrando, ya salen duros los callos de las manos, como mano de un hombre. No hay mano suave ahí, tiene que ser dura.

Pero si nosotras mujeres queremos involucrarnos, si nos gusta este trabajo, pues tiene la libertad de uno a apoyar al esposo haciendo este trabajo, depende si le gusta el trabajo una persona.

A mi esposo no le gusta el trabajo de la milpa. Le gusta más el trabajo del albañil, pero yo desde la edad de muchacha me encantó hacerlo y cuando me casé tuve hijos y más necesito hacerlo.

Aquí en mi casa hablamos la maya. Mi mamá no habla español, ella habla pura maya. Cuando yo era chamaquita y comencé a ir a la escuela me costó mucho trabajo aprender español. Ahorita hay muchas facilidades, hasta aprender inglés, pero también es importante conservar nuestra cultura para nuestros hijos y nietos que vienen. Hay que enseñarles la maya, porque nos sirve como un recuerdo de los abuelos.

Según la historia que nos contaba mi abuelo, la mata del elote es el hueso del hombre, que va para arriba. El que sale como cabellito del elote es el cabello del maya. La semilla que brota pues es el que se come, es la semilla que nos deja también.



“Mayormente, los hombres son los que van a chapear al monte, pero igual las mujeres podemos. No esperamos que el marido venga y traiga la comida.”



LUCÍA LÓPEZ HERNÁNDEZ
 cosechando chaya con su madre y hermana
EUGENIO ECHEVERRÍA CASTELLOT,
CAMPECHE

En la milpa tenemos maíz, chaya, chile, frijol, calabaza, yuca, todo. El trabajo que me gusta más es sembrar el maíz. También me gusta chapear para ayudar a mi papá, porque él no tiene con quién apoyarse. Tenemos que estar nosotros allá para ayudarlo.

Depende de cada familia cómo se trata uno. En mi familia nos tratamos por igual. Nos gusta ir un rato a trabajar al monte en vez de estar amarradas en la casa. Es por propio gusto.

“Si ellas nos quieren echar la mano, pues echan la mano. Pero si una no quiere ir a la milpa, no se obliga tampoco.”



BUENAVENTURA LÓPEZ GÓMEZ
EUGENIO ECHEVERRÍA CASTELLOT,
CAMPECHE

En nuestra familia hablamos el ch'ol. Hay mucha gente ahorita que pierde las costumbres, como su dialecto o tradición. Pero nosotros no. Siempre hablamos el ch'ol.

La milpa es principalmente la costumbre que hace uno como campesino. No queremos perder esta costumbre y seguimos haciéndolo con mi esposa y mis hijas.

A los 10 años ya empiezan mis hijas a dedicarse a cargar calabaza en su morral, llevándolos a donde se va a amontonar o si no, a cortar frijol. Ya después se fue agarrando su machete y empezaron a trabajar. Entonces ellas están acostumbradas a trabajar.

En nuestra familia no tengo hijos, puras muchachas, todos trabajamos igual. Si ellas quieren ir a trabajar en la milpa, pues ni modo tienen que ir también. No les puede decir ¡no, no, no! ¿Tal vez un día de mañana va a decir, no quisiste darme la oportunidad? ¡Si ellas quieren, mejor adelante! No se puede quitar su tiempo.



“Aquí no te das tiempo para pensar aquí me aburro, o me fastidió, nada, cuando venimos no me doy cuenta cómo pasan las horas. Estoy feliz.”



CELIA AGUSTINA MAGAÑA MAGAÑA
con su esposo Mario Estrella Castillo
CHUNHUHUB, QUINTANA ROO

La milpa es mía, pero a veces pido apoyo de él.

Los dos trabajamos como maestros, jamás pensé trabajar la agricultura, luego nos jubilamos y en el primer año me quedaba a gustar la televisión casi todo el día.

Pero llegó un momento en el que me fastidiaba de sólo estar sentada acá. Nos invitaron a una escuelita de agroecología y hace cinco años empezamos a trabajar la tierra.

Mucha gente está acostumbrada en la tarde o la mañana salir a caminar, dando vueltas en las calles a darse ejercicio porque están gordos. Tienen que hacer ejercicio para tener una vida saludable.

Como dice mi esposo, en vez de perder mi tiempo acá caminando dando vueltas como hacen los demás maestros, nosotros vamos limpiando la tierra y a la vez producimos, ¿qué te parece?

Me gusta trabajar la milpa, porque es una emoción que siente uno cuando ves que estás produciendo algo que es saludable, libre de químicos, todo orgánico. Además, estamos rescatando tres variedades de maíz criollo de nuestros abuelitos, que se estaban perdiendo.

Los mayas sembraron de acuerdo con todo el conocimiento que tienen. Para nosotros es importante rescatar todo eso, porque vimos que una vez sembramos sólo para sembrar y no nos

fue bien. El siguiente año preparamos el Za'cab para el Dueño del Monte y los cuatro vientos, para que nos vaya bien en la milpa y nos cuide los elotes y no los coman los animales. Esa vez cuando sembramos, bonitos elotes salieron.

El año pasado fuimos a un encuentro en Chiapas. Allí una señora nos dijo: “En mi comunidad los trabajos de la milpa son exclusivamente para los hombres”. Ni una mujer trabaja la tierra.

“En Quintana Roo”, le dije, “todos trabajamos en el campo. Hace dos años yo fui comisario ejidal”. Ella me contestó: “¿Usted fue comisario? ¿Los hombres estaban de acuerdo en el trabajo?” Luego yo decía: “Ahí todos trabajamos juntos”.



“Los chamacos prenden sus celulares y sus ojos están ahí mientras hacen su trabajo, así que les digo: “Más trabaja la abuela ahora””



MATILDE CASANOVA PÉREZ
con su nuera y nieta
TANKUCHÉ, CAMPECHE

Mi esposo va a trabajar en su milpa. Pero apenas llega, come y se acuesta a descansar en su hamaca. Mientras tanto yo barro, pongo mi nixtamal, hago mi torteo, cuezo mi pozole, pues en eso trabajo.

Antes hacía trenzas para sombreros de tejido: le decimos “p’ook” al sombrero. Hace unos dos años dejé de trenzar, pero sigo haciendo mi comida, todo. Por eso digo que una mujer tiene más trabajo que un hombre.

Sin embargo, hoy es un poco diferente. Hace tiempo cuando le mandabas al quehacer a un chamaco, él lo va a hacer porque tenía miedo. Si no iba a hacerlo, sabía que le vas a pegar para que obedezcan y hagan los mandados.

Ahorita los chamacos van a estudiar. La escuela cierra tarde y sueltan a los chamacos listos a comer. Si tienen trabajo, se van a arreglar. Pero prenden sus celulares y sus ojos están ahí mientras hacen su trabajo, así que les digo: “Más trabaja la abuela ahora”.



“Yo cosecho el maíz, lo traigo y ella hace el pozol para que se sostenga uno para seguir avanzando.”



RAYMUNDO GÓMEZ SOLORZANO
INGENIERO RICARDO PAYRO JENE,
CAMPECHE

Ahorita estamos piscando.

Me levanto a las cuatro de la mañana, tengo mi pozol listo, arranco mi moto y salgo a mi monte. Llegando allá me pongo a chambear, hago lo que tengo que hacer y tomo mi pozol.

Su trabajo es diferente al mío, porque ella está encargada de la cocina. Ella hace la comida para que cuando vengo de la milpa ya esté todo preparado. Ese es el trabajo de ella.

El pozol es importante porque si se lleva pura agua no sustenta, pero el pozol pues sustenta.



ESTHELA CRUZ MORALES
INGENIERO RICARDO PAYRO JENE,
CAMPECHE

Cuando nosotros llegamos acá toda mi familia, pues todo era pura montaña aquí donde vivimos. Luego empezaron a repartir los terrenos, se pusieron a chapear luego aparecer este señor, pues... ya ni modo (ella ríe).

“Desde chiquitita me gusta ir al monte. Si todos los días se queda en la casa, se aburre uno encerrada, pues hay que salir un rato al campo.”



“Veo que va seguir creciendo el maíz en esta tierra, pues cuando yo deje la milpa va a entrar otro compañero para cultivarla otra vez.”



FRANCISCO CANUL POOT
YAXUNAH, YUCATÁN

En esta región de Yucatán, la mayor parte de la gente cuando empieza crecer se lleva al campo para enseñarle cómo se hace la milpa.

“Cuando yo era niño le pregunté a mi papá: ¿para qué hacemos la milpa, para qué va servir? Él contestó: es porque hijo aquí vamos a vivir.” Luego cuando soy grande, pues ya sé cómo se hace la milpa, sé que la milpa es algo útil para vivir con mi familia, entonces tengo que hacerlo.

En mi niñez no había una escuela primaria como ahorita, nomás tercer grado. Por eso, cuando se casaba un joven no había de otra, tenía que aprender a hacer la milpa.

Ahorita, el gobierno dice todos los jóvenes tienen que estudiar para que tengan empleo. Todos los hijos están en la escuela y los que salen de la prepa se van buscando trabajo a Mérida; si no, por otro lado.

A mí me encantaría si tengo un empleo durante mi vida como los maestros. Pero lo que tengo es la milpa, entonces con ese poco que tengo voy a ganar; y con eso que tengo en las manos, como maíz, pues yo pienso que la persona que tiene, va pasar buena vida.

Pero si un hijo como los que hay ahorita sólo se va a la escuela y después va subiendo sus estudios, jamás va conocer cómo se hace la milpa, pues a

veces cuando viene un niño o un joven en la milpa no puede hacer lo que hace el papá y por esa razón se puede perder la cultura, las milpas.

Hace unos 35 años, todos los tíos eran milperos. El monte se tumba bastante. Los abuelitos hicieron milpas grandes como 10 hasta 15 hectáreas. No como está mi milpa chica. Quizás con el tiempo, cuando mueran todos los abuelos y los papás que viven en la milpa, que trabajan la milpa, ¿la milpa no se va seguir haciendo? ¿La milpa se va quedar?

Para mí es un orgullo hacer milpa. Ahí crecí, ahí aprendí a hacer todo tipo de trabajo, pues ahorita soy un maestro para hacer la milpa. Además, me siento orgulloso porque somos mayeros. Crecí con una familia mayera, con papá mayero, con abuelitos mayeros y la lengua materna maya. Ninguno de ellos habla español, aunque ahorita en esta época ya estamos tratando de hablar español, ya tenemos dos lenguas.

Entonces la cultura no es tan fácil de perder, pero es algo peligroso igual: que sí se puede perder con el tiempo. Lo que me da para pensar es que tenemos que enseñar a los hijos y los nietos para que les guste seguir trabajando la milpa, pues es algo bonito.



ALFONSO AY DZIB
con su bisnieto Adrián
YAXUNAH, YUCATÁN

Siembro frijol, ibes, camote, chile, maíz... como al comprarlo es caro, pues si no hacemos milpa, no tenemos con qué comer. Por eso, hacemos un poco de milpa para que haya elote, luego cosechar y traerlo acá para nosotros y nuestros animales: los cerdos, las gallinas, los kitam (jabalíes) que tenemos encerrados, puro eso les alimentamos.

“Apenas llueva vamos a clavar las semillas en la tierra blanda para que haya elote.”



“No se le ha reconocido el trabajo de la mujer, pero ella siempre está trabajando al lado del hombre. No es atrás ni delante. Mi meta es que nos tome por igual.”



MARÍA TERESA ALMEYDA TUN
Mujeres sembradoras del grupo Maíz Criollo
TANKUCHÉ, CAMPECHE

Yo no soy la presidenta, pero hago todo el papeleo. El objetivo del grupo es que conservemos nuestras identidades, nuestras raíces, nuestros pensamientos, nuestras culturas y tradiciones.

Al conservar nuestra cultura significa que nos identificamos como descendientes de indígenas, conservar nuestro lenguaje. Pero a conservar nuestra cultura no quiere decir que vamos a quedar estancados. Mi idea es sacar al mercado nuestros productos como artesanía o procesarlos.

Primero tengo que asegurar mi cosecha, porque eso nos da maíz para la comida. Tengo que hacer artesanía para lo económico. También tengo que atender a mi hija, cocinar, lavar y, aparte de eso, me dedico a ayudar al pueblo.

Yo soy de esas mujeres que quiero que a la mujer se le escuche su voz, que a la mujer se le dé su lugar, que la mujer también pueda tocar puertas y ser atendida y se nos reconozca en un ambiente político. Para mí, es importante hacer una labor social, porque lo tomo como un reto de vida.

Nosotras como mujeres tenemos mucha capacidad en todo, en trabajar, en administrar, en cómo educar, en cómo manejar hasta un pueblo.

Tengo muchas ideas y muchas ganas para que las necesidades de mi pueblo se resuelvan, como la salud, los espacios recreativos. Dos veces intenté tener un cargo de autoridad acá. La gente, hasta la propia mujer me dice, tienes capacidad, lo puedes hacer. Pero no ha sido así. No me permite el hombre, porque soy mujer.

Sabemos que sí podemos hacer, pero a la hora de alzar la voz siempre estamos sometidos al machismo, a lo que dice el hombre. La mujer siempre ha sido desplazada. Esto ocurre más en una comunidad donde los hombres son los que siempre marginan a la mujer, que no lo puede hacer.

Mi meta no es desplazar al hombre, porque él también es una parte muy importante para la mujer, pero que nos tome por igual. En mi caso, yo soy madre soltera y se me complica un poco más, porque soy yo la que hace las dos funciones.

Sin embargo, yo soy de esas mujeres que no hay que dejarse. Cada etapa de tu vida o cada acción que tú hagas es una elección de vida que empuja más cosas.

He estado en una universidad en Campeche, donde vinieron a ti diciendo: “¡Ah, eres una mayita!”. Que vengo de un pueblo, no sé hablar, no sé expresarme. Al principio mi sentí sola en el mundo en un ambiente que no conocía, pero también eso me impulsó a conocer cómo es ese ambiente y defenderme.

Y yo siempre les dije: “Mayita, pero yo soy más rica en cultura que ustedes,” así me fui defendiéndome en mi ambiente y cuando terminé de estudiar en la universidad, llevé otra perspectiva con mis amigas, gané más compañeros.

Todavía tengo ganas de demostrar que soy de esta raza. No quiero adaptarme para que lo moderno venga a sustituirnos. Bueno, lo moderno que nos sirve, pero también que nos identificamos como indígenas, porque ahorita ya casi no hay.



“Creo que tenemos un poco del jaguar en nuestra sangre.”



MIGUEL KU BALAM
con su esposa María Sofía Chi Balam
TABASCO, QUINTANA ROO

Mi nombre es Miguel Ku Balam. Soy de la cultura maya y mi apellido Ku Balam significa “Dios Jaguar”. Para mí el jaguar es un animal sagrado que tiene muchísima sabiduría, tiene muchísimo conocimiento y creo que una parte de éste, a nosotros como seres humanos, nos pasan esos conocimientos.

Dentro de lo poco que sabemos, nosotros tenemos todos los conocimientos de nuestras abuelas y nuestros papás en el tema de trabajar el monte y todo eso, pues el jaguar también conoce su territorio, ¿no cierto?

Entonces creo que tenemos un poco del jaguar en nuestra sangre, porque de todas maneras nosotros los mayas somos rebeldes desde la Guerra de Castas y hasta ahora nosotros pues nos defendemos nuestra causa.

Como mayas hacemos la milpa como sustancia. No hacemos milpa para un negocio sino lo hacemos como nuestra cultura, como algo que nos heredaron nuestros padres. Aunque no tengamos buena cosecha tenemos que hacerlo, porque cuando hacemos una milpa, pues nosotros nos sentimos fuertes.

La milpa es algo que nos fortalece, es algo que nos llena de orgullo, pues nosotros no tenemos por qué estar esclavizados, porque contamos con todo.

No me gusta que nuestra gente sea marginada. La verdad cuando escucho que alguien habla mal de los campesinos, no sé pero me hierve la sangre al escuchar que están criticando, porque nosotros somos respetuosos de nuestras creencias, somos respetuosos de toda la gente.

Sin embargo, en los cabildos, por ejemplo en un ayuntamiento municipal, a nosotros nunca nos toman en cuenta para tener una posición allá. Siempre meten maestros, ingenieros y todo eso, pero ellos no conocen realmente la vida del campesino.

Ahí está donde está fallando un poco lo que es la inclusión social, porque deberían tomar en cuenta mujeres y hombres campesinas, abuelas, jóvenes y todos, para que las cosas se aparejen. No tienes que pasar esta marginalización de las comunidades mayas.

El respeto a nuestra cultura, nuestros antepasados y todo el trabajo que hacemos es algo que debemos inculcar a nuestros hijos para sacar adelante el bienestar de nuestro pueblo.



ACERCA DE LOS PROGRAMAS

Esta publicación se enmarca dentro de las acciones de inclusión social que la Estrategia de Intensificación Sustentable del Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT) lleva a cabo en México. Es un esfuerzo cofinanciado por los proyectos Milpa Sustentable Península de Yucatán (MSPY) y Modernización Sustentable de la Agricultura Tradicional (MasAgro).

Milpa Sustentable Península de Yucatán (MSPY) es un proyecto desarrollado por la Fundación Haciendas del Mundo Maya, A.C. (FHMM), Fomento Social Banamex y CIMMYT, cuyo objetivo es promover procesos de innovación en el sistema milpa que respondan a las necesidades y realidades socioeconómicas en la Península de Yucatán, formando cadenas de valor integradas con base en una estrategia de inclusión social.

Por su parte, la iniciativa MasAgro es un esfuerzo entre la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación y el CIMMYT, que busca contribuir a la seguridad alimentaria de México a través de investigación colaborativa, desarrollo tecnológico y facilitación de procesos de adopción de prácticas para la gestión sustentable de los sistemas de maíz, trigo y cultivos asociados que permiten incrementar y mantener estable su productividad y rentabilidad.

El Programa de Investigación de Maíz del CGIAR (MAIZE) es una colaboración internacional liderada por el CIMMYT y el IITA que busca la movilización de los recursos globales de investigación y desarrollo del maíz para alcanzar un mayor impacto en los sistemas agrícolas basados en maíz en África, Asia del Sur y América Latina.

AGRADECIMIENTOS

Se agradece la colaboración de:

Silvia Sosa Castillo
Vladimir May Tzun
Edgar Martín Miranda Gamboa
Rodolfo Adrian Dzul Moó
Mario Alberto Dzul Cauich
Jorge Luis Ucán Chí
Elia Jael Couoh
Victor Ticante Pérez
María Boa Alvarado
Flor Araceli Camacho Villa
Clyde R. Beaver III
Marcelo Ortiz Sánchez
María Teresa Almeyda Tun
Familia Miranda Gamboa
Familia Caamal Poot
Francisco Canul Poot
Filomena Ay Caamal
Hilario Justino Caamal Canché
Carlos Ucan Yam
Miguel Ku Balam
Ya Ax Sot' Ot' Yook'ol Kaab A.C.
(REPSERAM)

FOTO PORTADA: Familia Tec Puc
PORTADA INTERIOR:
Familia López Hernández
CONTRAPORTADA: Familia Cauich Mex
PÁGINA OPUESTA:
Familia Uicab Borges

“Queremos enseñar a los que vienen, los nietos, que no sólo aprenden del estudio en la escuela, pero también de la milpa.”



TRANCITO CAUICH POOT
con su esposa Vicenta Mex Poot
KANCABDZONOT, YUCATÁN

FOTOS Y TEXTO Peter Lowe

TRANSCRIPCIONES DE ENTREVISTAS

EN MAYA Rossana Beatriz Ek Chable

CORRECCIÓN DE ESTILO

Guillermo Riós Bonilla

Silvia Sosa Castillo

IMPRESIÓN Foli de México

PARA MAYOR INFORMACIÓN:

Tania Carolina Camacho Villa

Científica asociada, CIMMYT

c.camacho@cgiar.org | www.cimmyt.org

Las perspectivas y opiniones expresadas en esta publicación pertenecen a los entrevistados y no necesariamente reflejan las políticas oficiales o posición de CIMMYT, del proyecto MSPY, ni del programa MasAgro.





SAGARPA

SECRETARÍA DE AGRICULTURA,
GANADERÍA, DESARROLLO RURAL,
PESCA Y ALIMENTACIÓN



Fundación Haciendas del Mundo Maya
Conocer y comprender para transformar

NAATHA

Fomento Social Banamex, A.C.
citibanamex
Compromiso Social

ICIMMYT
Centro Internacional de Investigación y Capacitación en Maíz y Sorgo

MasAgro
Iniciativa de Investigación y Capacitación para el Sector Agrario

CGIAR
RESEARCH PROGRAM ON
Maize